



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

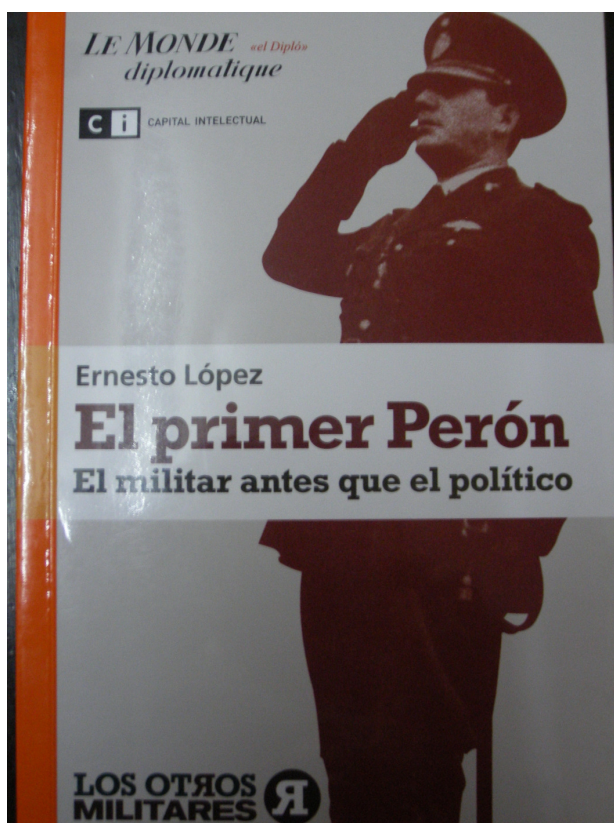
Año 3, N° 5- Rosario- Argentina, Octubre de 2010

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 24-30

LÓPEZ, Ernesto, *El primer Perón. El militar antes que el político*, Buenos Aires, Ediciones Le Monde Diplomatique /Capital Intelectual. Serie “Los otros militares”, 2009. 172 páginas. ISBN 978-987-614-170-3.

Germán Soprano<sup>1</sup>

Universidad Nacional de Quilmas/ Universidad Nacional de La Plata/ CONICET



Perón, Evita y el peronismo son tópicos que ejercen una atracción casi irresistible en los científicos sociales argentinos, así como entre latinoamericanistas anglosajones y franceses que nos frecuentan y reconocen en aquellas figuras unos tópicos expresivos de la argentinidad. Estado, movimiento, sindicatos, pueblo, populismo y nación; sustitución de importaciones, trabajadores, alianza de clases y, más recientemente, intelectuales, género, partido, catolicismo, provincias y territorios nacionales, entre otros términos, son categorías asociadas desde hace años por las ciencias sociales a los estudios sobre el peronismo.

No es ésta la ocasión para efectuar un estado del arte sobre el tema, sin embargo, una rápida revisión de la producción de conocimientos disponibles sobre el peronismo nos revela que han sido escasos los analistas que enfocaron dos cuestiones relevantes. Por un lado, la

formación y trayectoria profesional militar de Perón. Por otro, la inscripción y participación de Perón en las disputas internas del Ejército, sus políticas sectoriales hacia esa Fuerza y su concepción sobre la defensa nacional durante sus dos primeras presidencias. Estas cuestiones son las que definen el problema y objeto de reflexión empírico original de este libro de Ernesto López, a la sazón, también director de la serie “Otros militares”, que incluye textos de diversos autores que abordaron el perfil y trayectoria de militares chilenos que se opusieron a Augusto Pinochet (Carlos Gutiérrez), Lázaro Cárdenas (Julio Aibar), Liber Seregni (Samuel Blixen), Luiz Carlos Prestes (Joao Quartim de Moraes) y el Centro de Militares para la Democracia Argentina (Daniel Mazzei).

La iniciativa del presente libro no constituye un esfuerzo aislado. En la década del setenta y comienzos de los ochenta Robert Potash y Alain Rouquié sentaron las bases para el estudio histórico de la formación doctrinaria en el Ejército, la formación de sus cuadros y organización institucional, su dinámica profesional y política, ofreciendo información e

<sup>1</sup> Recibido: 7/7/2010.  
Aceptado: 16/9/2010

interpretaciones fundamentales para que hoy podamos comprender mejor la historia de esta Fuerza (y no sólo su intervención en la política nacional), así como el estrecho y conflictivo vínculo que mantuvo con el primer peronismo<sup>2</sup>. Desde entonces diferentes investigadores -sirviéndose de perspectivas analíticas y hasta políticas desiguales- aportaron nuevos conocimientos empíricos sobre el tema, tales como Rosendo Fraga, Isidoro Ruiz Moreno, Loris Zanatta, Norberto Galasso, Fabián Brown, Luciano de Privitellio, Marcelo Saín, Fernando Balbi o el propio López<sup>3</sup>.

El periodista Carlos Gabetta destaca en el prólogo una cuestión de enfoque y método (pero también de interpretación política) frecuentemente soslayada en los estudios dominantes de las ciencias sociales que refieren a los militares argentinos: la necesidad de inscribirlos históricamente en el Estado y la sociedad o en los grupos sociales más amplios de los que forman parte. Tal vez para algunos lectores esta afirmación resulte una completa obviedad o una verdad de perogrullo. Y seguramente así sería, si no fuera por dos motivos que creo conveniente recordar aquí.

Por un lado, por una razón sustantiva de peso: durante buena parte del siglo XX las conducciones castrenses se atribuyeron a sí mismas y al conjunto de los miembros de las Fuerzas una excepcionalidad moral respecto del resto de la ciudadanía, que alentó comportamientos que autonomizaron o despegaron a los oficiales y suboficiales de los diversos anclajes sociales y culturales que los ligaban y/o los envolvían en identidades y relaciones compartidas con heterogéneos grupos de la sociedad civil. Según Loris Zanatta, la construcción de ese sentido de superioridad moral se habría activado decisivamente a partir de la década de 1930 con la activa intervención de la Iglesia Católica en la orientación espiritual del Ejército; en tanto que para Ernesto López fue la incorporación de la Doctrina de la Seguridad Nacional a fines de la década de 1950 la que difundió esa concepción trascendente de la misión de las Fuerzas. Sea cual fuese el momento definido para establecer la génesis de ese notable fenómeno, existe, sí, un consenso en que esas representaciones doxicas sobre la excepcionalidad moral de los militares habrían mermado su eficacia social o directamente colapsado entre la “derrota en la Guerra de Malvinas” (1982) y el final de los “alzamientos carapintada” (1991), en consecuencia, redundando en una ulterior y actual afirmación de sentidos decididamente secularizados acerca de las identidades de los militares como ciudadanos, funcionarios públicos y como profesionales especializados en la defensa.

Por otro lado, creo también necesario invocar una segunda razón, que más bien considero ligada al tipo de enfoques políticos y académicos predominantes en los estudios en ciencias sociales sobre las Fuerzas Armadas y la política en nuestro país. Dichos enfoques, en forma apriorística tienden a destacar unilateralmente aquellos rasgos que singularizan o

---

<sup>2</sup> Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981-1982. Roberto Potash, *El Ejército y la política en la Argentina*, 4 vols, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971-1994.

<sup>3</sup> Fernando Balbi, *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción política en el peronismo*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2007. Fabián Brown, “La industrialización y la cuestión social: el desarrollo del pensamiento estratégico en Mosconi, Savio y Perón”, en AAVV, *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas*, Ministerio de Defensa, Buenos Aires, 2009, pp. 271-288. Luciano De Privitellio, *Agustín P. Justo. Las armas en la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997. Rosendo Fraga, *El general Justo*, Buenos Aires, Emecé, 1993. Norberto Galazo, “las contradicciones en el Ejército durante el régimen conservador”, en AAVV, *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas*, Ministerio de Defensa, Buenos Aires, 2009, pp.255-270. Ernesto López, *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa, 1987. Isidoro Ruiz Moreno, *La revolución del 55*, 2 vols. Emecé, Buenos Aires, 1994. Marcelo Saín, “Defensa Nacional y Fuerzas Armadas. El modelo peronista (1943-1955)”, en AAVV, *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas*, Ministerio de Defensa, Buenos Aires, 2009, pp.333-342. Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

autonomizan a los militares como población respecto de otros grupos de la sociedad nacional, omitiendo cualquier incidencia o eficacia de determinaciones sociales, económicas, políticas o culturales que heteronomizan sus identidades y comportamientos. Sin dudas, el ejercicio normal de la profesión militar produce y actualiza en cualquier Estado y sociedad contemporánea una tensión analítica permanente en esta población (y ello ocurre también en otros grupos sociales de un modo *sui generis*) entre la configuración de cierta autonomía y la intervención de determinaciones heterónomas. No obstante, entiendo que una revisión de la producción de conocimientos efectuada por la sociología e historia militar anglosajona o la francesa -que poseen una fecunda tradición desarrollada desde la segunda posguerra- han conseguido resolver esta tensión analítica de un modo teórico-metodológico más equilibrado y con resultados sustantivos que ofrecen unas explicaciones centradas en el análisis de actores, instituciones, procesos y/ situaciones sociales específicas.

Ahora bien, no demoremos más el acceso a los argumentos desplegados en el texto de López. En la introducción el autor señala que la comprensión de la formación y trayectoria militar de Perón, su política hacia las Fuerzas Armadas y concepción de la defensa nacional deben ser abordadas en una perspectiva holística, esto es, colocándolas en relación con sus ideas políticas, económicas y sociales (una afirmación también compartida por Fabián Brown). López sostiene que las definiciones de Perón sobre esas tres cuestiones encarnan no sólo un sentido de “otredad” o “alteridad” que lo singulariza, sino un proyecto de “alternatividad” política en el contexto de ideas de dominantes en la Argentina de entreguerras y en la inmediata segunda posguerra. En relación con la descripción e interpretación de la “alternatividad” política y económica, los argumentos de López no son originales (no nos detendremos en ello); en cambio su aporte está localizado definitivamente en el estudio de la dimensión militar.

Antes de adentrarse en el período en el cual Perón fue protagonista pleno en la escena nacional (1943-1955), López revisa las relaciones entre Estado, política y Fuerzas Armadas en los años previos: desde las reformas militares alentadas por Julio A. Roca en su segunda presidencia (recientemente también consideradas por Fernando García Molina) hasta el golpe cívico-militar encabezado por el general José Félix Uriburu en 1930 (capítulo 1); abordando, luego, el tiempo de la denominada “década infame” (capítulo 2). En ambos capítulos, veremos, se definen cuestiones de evidente relevancia. Por un lado, López muestra a las claras que el “intervencionismo político” alentado desde el Estado nacional sobre autoridades provinciales rivales y/o sobre sus opositores partidarios, corría parejo en la primera mitad del siglo con el “intervencionismo militar” aplicado por el gobierno sobre los militares, estimulando un negativo efecto de politización recurrente entre sus cuadros y una desconsideración por la afirmación de la primacía de lógicas profesionales específicas que regularan el curso de sus carreras (por ejemplo, aplicando sistemáticamente criterios discrecionales para ascensos, retiros y reincorporación de los cuadros de oficiales). Por otro lado, identifica cuatro o cinco orientaciones político-ideológicas y profesionales dominantes en el Ejército en la primera mitad del siglo XX. Los denominados “liberales” (como Agustín P. Justo) que sostenían ideas políticamente conservadoras, alineados con los dirigentes del oficialista Partido Autonomista Nacional antes de 1916, con el radicalismo alvearista en la década de 1920 o con la coalición conservadora en el poder en los años 1930. Los “radicales” (como Luis Dellepiane) alineados firmemente con la dirigencia de la Unión Cívica Radical, especialmente con su vertiente yrigoyenista. Los “nacionalistas” (como José F. Uriburu u otros) que expresaban un heterogéneo agrupamiento -minoritario hasta la década de 1930- con diversas orientaciones -católica integrista, fascista, pragmática. Los “profesionalistas” (como Carlos Márquez) que constituían el grueso de la oficialidad que se declaraba no adscripta a un partido político, no relacionada con sus dirigencias y/o políticamente prescindente, pero que eventualmente intervenían en conspiraciones y golpes de estado, ya sea participando por iniciativa propia u obedeciendo órdenes de superiores. Y, finalmente, a partir de 1946 tenemos la emergencia de los llamados militares “peronistas” (sobre los cuales hablaremos más adelante).

La presencia de las tres primeras y de la última orientación político-ideológica entre el personal del Ejército es un fenómeno que expresa bien el fluido intercambio de ideas y de relaciones existente entre los ámbitos militares y civiles, así como el hecho de que la inscripción y participación de los militares en los debates y conflictos políticos de la época se producía por medio de alineamientos que en modo alguno se definían exclusivamente por su especificidad o autonomía corporativa o por la invocación a una identidad y agencia privativamente castrense. En ese sentido, vale la pena recordar la hipótesis que sostiene Luciano De Privitellio cuando afirma que en la década de 1930 es posible reconocer la coexistencia entre una tendencia a la burocratización de la organización del Ejército y una profesionalización de sus cuadros, junto con la persistencia de sólidos vínculos con la sociedad que animaban la dinámica facciosa de la Fuerza.

Los capítulos 3 y 4 se concentran en analizar la organización y dinámica del golpe militar del 4 de junio de 1943, las luchas facciosas del Ejército y los gobiernos nacionales resultantes del mismo. El punto de partida de estos capítulos es el reconocimiento por parte de López del hastío percibido por la conducción y los cuadros de oficiales del Ejército, quienes se negaban a continuar operando como fuerza de resguardo coercitivo del “fraude electoral” y de la “proscripción política” de la coalición liderada por conservadores, radicales anti-personalistas y socialistas independientes. A esa apreciación crítica de esta situación política, se sumaban los conflictos internos derivados de los desiguales posicionamientos suscitados en la Fuerza por los alineamientos (pro-Aliados, neutrales y pro-Eje) en relación con los dos grandes bloques de países enfrentados en la Segunda Guerra Mundial.

López observa que en vísperas del 4 de junio estaban en marcha tres conspiraciones militares. Una encabezada por el general Arturo Rawson -“de ideas vagamente nacionalistas probablemente entremezcladas con una orientación liberal”- que contaba con el apoyo de oficiales de alta graduación del Ejército y la Armada (debe recordarse que la muerte de Justo dejó a los “liberales” sin su principal referente castrense). El segundo grupo (minoritario) estaba integrado por coroneles y oficiales de menor jerarquía organizados en el GOU, que reunía a “nacionalistas” diversos y algunos “radicales sabatinistas”. Un tercer grupo reunía a los jefes de guarniciones de Campo de Mayo entre los que se contaban “liberales”, “profesionalistas” y un miembro del GOU. Este último grupo jugaría un rol relevante en el derrocamiento del presidente Castillo, una iniciativa cuya concreción final se disputaron los generales Rawson y Pedro P. Ramírez. López concluye que el liderazgo de los oficiales del GOU fue menor en los sucesos y que Perón fue un actor marginal, pues no tenía tropa a su mando ni participó de los cónclaves donde se tomaron decisiones clave. Tal conclusión habilita el desafío que se propone responder el autor en el siguiente capítulo que podría resumirse con la pregunta: ¿cómo hizo -entonces- Perón para sustraerse de esa posición periférica y colocarse en sólo dos años en el centro de la escena política nacional?

En un brevísimo lapso de tiempo Rawson fue desplazado de la presidencia de la nación por Ramírez y este último lo sería luego por quien fuera su Vicepresidente y Ministro de Guerra: Edelmiro J. Farrell. Tal situación de inestabilidad institucional estimulaba el desorden interno en la Fuerza, las luchas facciosas, un permanente estado de deliberación y conspiración que, no cabe duda, minaba los valores y recursos funcionales más preciados de la organización castrense: la conducción, el ejercicio del mando, la obediencia y la disciplina. Asimismo, la problemática de la obsolescencia y creciente necesidad de renovación de materiales y equipos de las Fuerzas Armadas se planteaba como un serio e inminente problema para los militares, sobre todo, considerando un escenario de posguerra donde Brasil (histórico rival regional como Chile) acrecentaba su poder bélico y apoyos tras participar en la guerra con los Aliados.

Mientras tanto Perón acumulaba adhesiones en dos frentes. Por un lado, en el Ejército como Jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra, una posición administrativa que le otorgaba control sobre ascensos, destinos y también al interior del GOU. Por otro lado, cultivando relaciones con sindicalistas y empresarios desde la Presidencia del Departamento Nacional de

Trabajo y, luego, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Farrell y Perón -señala López- estaban convencidos que el sistema de partidos políticos tradicionales estaba agotado. Pero a diferencia de otros militares -que a partir de esa percepción se arrojaban el poder de tutela castrense sobre la sociedad- sostenían que era necesario en un breve período concretar (después de quince años de fraudes y proscripciones) elecciones libres en las que se presentara una opción política renovadora. Dicha opción no era positivamente valorada por los militares liberales ni por muchos nacionalistas recelosos de la participación popular. Por entonces, el poder de Perón en el Ejército era débil, tal como lo demuestran las presiones que recibía Farrell para desplazarlo y, finalmente, su encarcelamiento en la isla Martín García. En lo que sigue, el relato de los sucesos del 17 de octubre de 1945, el acompañamiento popular que recibió Perón en esa ocasión y en el triunfo electoral de febrero de 1946, son relatos por todos conocidos, pero que -según López- confirman un hecho fundamental: la consagración política de Perón no devino de apoyos castrenses. Sin embargo, y a pesar de esto último, el autor no mengua el papel principal que le cupo a los militares en este proceso que cambió radicalmente la historia argentina. Dice: “En febrero de 1946 murió una época, corroída por un reiterado fracaso político de sus actores más significativos y pro la descomposición procedimental y, a la postre, también ética que instaló el fraude. Véase, si no: fueron los militares -no los políticos de entonces- los que iniciaron, sin tener plena conciencia de ello, la fase final de la espiral disolutiva del *ancien régime*, al negarse a continuar jugando el papel de último sostén de la sistematicidad fraudulenta y tratar de buscar una opción que cambiara las cosas” (p.84).

Esta última afirmación puede resultar polémica, toda vez que otros estudios han sostenido con argumentos verosímiles y contundencia empírica que otros actores sociales fungieron como enterradores del antiguo régimen, comenzando por citar en primer plano a los trabajadores y los dirigentes de sus organizaciones sindicales (también cabría señalar -tal como lo ha hecho la historiografía sobre la emergencia del peronismo en provincias y territorios nacionales- que el antiguo régimen murió, pero muchos de sus protagonistas se reconvirtieron al nuevo mundo peronista). Pero creo que lo más importante a destacar -siguiendo la interpretación de López- es que la consolidación de ese nuevo orden social, económico y político no hubiera sido posible sin la aceptación inicial de los cuadros superiores del Ejército de que el fraude electoral y la proscripción debían desterrarse de la política y que la legitimidad del triunfo y las transformaciones operadas tras el acceso de Perón a la presidencia de la nación debían ser convalidadas y acompañadas por la Fuerza.

El capítulo 5 está centrado en la formación doctrinaria de Perón como militar y en su concepción sobre Doctrina de la Defensa Nacional. López repasa la experiencia adquirida por Perón como profesor de la Escuela Superior de Guerra del Ejército dictando cursos de Historia Militar y su capacidad para observar y asimilar conocimientos de su paso por la Italia de Mussolini en los años 1938-1940. Desde el punto de vista doctrinario se sirvió, pero también actualizó, concepciones militares que circularon en la Europa de la entreguerras, producto de las reflexiones producidas a partir de las lecciones aprendidas de ese conflicto. Particularmente, López se detiene en la forma en que Perón empleó nociones sobre la defensa nacional como la de “nación en armas” y “guerra total”; así como aquellas en que definitivamente fue innovador en la Argentina, mostrando: la inviabilidad de la tesis de que los abastecimientos y equipos militares que requería el país podían obtenerse por vía del comercio internacional; la necesidad de un desarrollo industrial local (que incluya industria pesada) ligado a la defensa nacional; y que lo anterior demandaba una política social que garantizara la unidad nacional y el bienestar de la población, principal recurso humano de la defensa.

En vísperas del triunfo electoral de febrero de 1946, López constata que si se repasa la conducción del Ejército fácilmente se advierte que Perón no contaba con amplios apoyos entre los generales: 14 estaban a favor suyo, 18 eran liberales y nacionalistas que francamente se le oponían, 3 eran profesionalistas y los 9 restantes no es posible (hoy) definirlos. Casi la mitad de los opositores a Perón contaban con tropa al mando y el comandante en jefe del Ejército era un profesionalista. Cuando Perón asumió la Presidencia de la Nación el 4 de junio en modo alguno

llevó a cabo una política de purgas en la Fuerza, aún cuando contaba con legitimidad política y el control institucional sobre el Ministerio de Guerra y la Comisión de Acuerdos del Senado que otorga los ascensos. Por el contrario, definió una política destinada a profesionalizar las Fuerzas Armadas integrándolas a su proyecto político sobre la base de cuatro grandes lineamientos. Por un lado, procurando incorporarlas en la industria para la defensa, otorgándoles un rol activo en la Dirección General de Fabricaciones Militares y en empresas mixtas como SOMISA. Por otro lado, concretó una reforma militar que supuso la motorización y mecanización del Ejército, la reorganización de unidades y capacitación del personal y el desarrollo de la Fuerza Aérea creada en 1945. También redujo la reserva, extendió el tiempo de permanencia en el grado de capitán, mayor y coronel con el objeto de retener al personal durante más tiempo en el servicio activo y redujo el tiempo mínimo de permanencia en cada grado para flexibilizar los ascensos. En 1948 se dictó la Ley 13.234 de “Organización de la Nación en Tiempos de Guerra”, considerada la primera ley de defensa nacional, y en la Convención Constituyente de 1949 se dispuso la creación del Ministerio de Defensa. Finalmente, junto a estos cambios en el diseño de la profesión y organización militar, Perón alentó una política de bienestar para el personal de cuadros y sus familias y una política de personal políticamente tolerante y meritocrática. Esta última política fue revertida por el propio gobierno desde que el panorama político nacional cambió en el año 1951 con el inicio de una sucesión de golpes militares con apoyos civiles (que incluyeron un intento de magnicidio) que terminaron con el derrocamiento de Perón en 1955. Para contrarrestar los movimientos sediciosos en la Fuerza se llevó a cabo una política de promoción de militares leales (cuando no obsecuentes) y la implementación de cursos de adoctrinamiento justicialista en los institutos educativos y unidades, que fueron percibidos negativamente incluso por oficiales nacionalistas, peronistas y profesionalistas que simpatizaban con las políticas gubernamentales.

La historia de los sucesos de septiembre de 1955 es por todos conocidos. No obstante, cabe reparar en tres cuestiones sobre las cuales López llama justamente la atención. Una es la escasa consideración que merecieron en las historias de Potash y Rouquié la masacre de civiles desatada por los bombardeos de aviaadores navales sobre la Plaza de Mayo (210 muertos y 711 heridos); una omisión que sólo vino a ser salvada recientemente por un libro de Daniel Cichero. La segunda está relacionada con las consecuencias negativas que generó la política discrecional del gobierno sobre el personal militar, abriendo una brecha y malestar entre aquellos oficiales del Ejército que compartían con Perón una similar concepción de la defensa nacional; mientras que la Armada -que había permanecido al margen de las conspiraciones de 1951-1952 y contaba con el almirante Alberto Teisaire como vicepresidente desde 1952- continuó siendo una Fuerza de evidente orientación liberal, al menos si se la define en el nivel de sus cuadros de oficiales y en su conducción. Por último, López señala las razones por las cuales Perón renunció a la presidencia. Al respecto, es sabido que contaron las oposiciones de un amplio espectro de partidos políticos opositores, de la Iglesia Católica y de sectores de la sociedad civil; pero también el autor recuerda un hecho que no puede soslayarse: Perón contaba con una mayoría de unidades leales, pero las condiciones planteadas por la Armada para forzar su renuncia tenían como consecuencia inminente una drástica pérdida de vidas y de bienes de civiles y militares que no estaba dispuesto a habilitar con su permanencia en el poder. El 19 de septiembre Perón presentó su renuncia y el día 20 embarcó a Paraguay iniciando su largo exilio.

El capítulo final del libro es extemporáneo al estudio del primer peronismo, pero sus argumentos son elocuentes si se trata de constatar que la “Revolución Libertadora” delimitó el final de una época. En primer término, López sostiene que hacia 1955 la orientación liberal en el Ejército era minoritaria. De hecho, el general Eduardo Lonardi -primer presidente de facto del nuevo gobierno- era nacionalista y la masa de oficiales se reconocía en esta orientación o en la profesionalista. Sin embargo, esa situación desventajosa para esa facción pronto se revirtió. López dice: “Desenganchados del peronismo por cuestiones que no eran centrales para la época que se vivía, nacionalistas y filoperonistas alejados de Perón terminaron jugando involuntariamente a favor de un proyecto político y militar con el que no coincidían, del que se hallaban quizá más lejos que del peronista y que acabó por echarlos a un costado para apurar

una restauración liberal dentro de la institución castrense, cuyos cimientos más profundos perduraron por décadas” (p.136).

El general Pedro Eugenio Aramburu y el almirante Isaac Rojas expresaron en la presidencia y vicepresidencia de la nación la consolidación de esa orientación liberal, mejor conocida por nosotros por sus implicancias políticas, sociales y económicas en la historia argentina. Sin embargo ¿qué consecuencias aparejaron esos cambios en el Ejército y en la política defensa? Por un lado, se abrió un profundo proceso de desperonización del Ejército que supuso el pase a retiro de unos mil oficiales, un número no estimado de suboficiales, además de la asignación de otros oficiales a destinos sin mando sobre tropa o en otros que los postergaba en el desarrollo de sus carreras. El gobierno nacional se dio una política de reincorporación de oficiales pasados a retiro o que se fueron de baja durante el primer peronismo. Por último, las transformaciones tuvieron efectos rotundos en el nivel doctrinario: si hacia 1955 el grueso de los oficiales se había formado o adscribía a la Doctrina de la Defensa Nacional, desde entonces comenzó la asimilación de la Doctrina de la Seguridad Nacional, primero por influencia francesa y a través de la Escuela Superior de Guerra del Ejército, como han demostrado también Daniel Mazzei, Mario Ranalletti, Monique-Marie Robin y Gabriel Périés<sup>4</sup>. Las pautas de la orientación y organización profesional de la Fuerza, su perfil político-ideológico, así como las definiciones sobre el escenario internacional, el modelo de nación, las hipótesis de conflicto, la identificación de los enemigos y la lógica de la guerra, quedaron pues definitivamente modificadas. Y si durante un largo período -dice López- la Doctrina de la Defensa Nacional siguió objetivándose en la estructura orgánica, el despliegue territorial, en las políticas de incorporación y en el presupuesto, otro Ejército iba emergiendo.

Para finalizar, quisiera decir que textos como el de Ernesto López nos ayudarán a comprender mejor la configuración histórica del perfil doctrinario, de la formación y organización interna, de la sociabilidad profesional militar y sus relaciones con otros sectores de la sociedad argentina durante la primera mitad del siglo XX, asumiendo una perspectiva que no los reduce a una mera representación de continuidad retrospectiva y extemporánea respecto de lo acontecido en período subsiguiente (1955-1983) en el cual campearon la Doctrina de la Seguridad Nacional y el terrorismo de estado. En este sentido, mucho nos queda todavía a los científicos sociales por investigar y conocer acerca de esta historia del siglo XX, pero también sin dudas, sobre su situación presente y proyecciones futuras.

Palabras clave: Perón - Ejército - defensa nacional - Argentina

Key words: Perón - Army - national defense - Argentina

---

<sup>4</sup> Daniel Mazzei, “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la guerra sucia”, *Revista de Ciencias Sociales N°13*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002. Gabriel Périés, “De Argelia a la Argentina: estudio comparativo sobre la internacionalización de las doctrinas militares francesa en la lucha anti-subversiva. Enfoque institucional y discursivo”, en: I. Izaguirre et al. *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 2009, pp.391-421. Mario Ranalletti, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de estado (1955-1976)”, en: D. Feierstein (comp.), *Terrorismo de estado y genocidio en América Latina*, EDUNTEF / PNUD / Prometeo Libros, 2009, pp. 249-280. Monique-Marie Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*. Buenos Aires, Sudamericana, 2005